

*Conocimiento y transformación de la realidad en el
periodismo de García Márquez*

Knowledge and transformation of reality in García
Márquez's journalism

Ligia Machado Pardo

Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Colombia

Resumen: El presente artículo tiene como propósito analizar el conocimiento y la transformación de la realidad en el periodismo de García Márquez. En su obra este autor asocia el hecho histórico con la imaginación. Logra una integración con la búsqueda permanente de la verdad, la composición y creación literaria, a las cuales les abona su alto grado de sensibilidad. La especificidad más notable de sus análisis sobre algunos de los problemas de la sociedad latinoamericana radica en su interés por transformar la realidad de las víctimas, en especial aquellas que experimentaban formas crueles del comportamiento humano.

Palabras clave: periodismo; García Márquez; transformación de la realidad.

Abstract: The purpose of this paper is to analyze the knowledge and transformation of reality in García Márquez's journalism. In his work he associates the historical fact with the imagination. He achieves an integration with the permanent search for truth, composition and literary creation, to which its high degree of sensitivity is added. The most remarkable specificity of his analysis of some of the problems of Latin American society lies in his interest in transforming the reality of the victims, especially those who experienced cruel forms of human behavior.

Keywords: journalism; García Márquez; transformation of reality

Algo que llama poderosamente la atención es que, según la mayoría de las biografías publicadas sobre el escritor colombiano, Gabriel García Márquez nació realmente el 6 de marzo de 1927 en el pequeño pueblo de Aracataca, Departamento de Magdalena. Sin embargo:

[...] él toda la vida inventó, como buen fabulador, que había nacido en 1928, para acomodar la fecha, para ponerla como símbolo, para que coincidiera con el hecho histórico más importante, más cruel y más simbólico de la zona bananera, que es la masacre de los trabajadores de la zona, ocurrida el 6 de diciembre de 1928. (Díaz-Granados, 2005: 15)

La zona del Caribe colombiano en la que se conformó con mayor madurez su pensamiento durante la cuarta década del pasado siglo xx se caracterizaba por las confrontaciones bélicas, los conflictos partidistas, la miseria de los grandes sectores populares, la matanza de las bananeras por las transnacionales yanquis, pero, ante todo, por la indiferencia de una oligarquía nacional plegada a los intereses extranjeros. Todos estos factores deben haber contribuido en gran medida a la conformación de su pensamiento político y social, en particular, a su concepción sobre la condición humana y a la realización de su humanismo práctico.

En su primera novela titulada *La hojarasca* (1950),¹ publicada en 1955, se aprecia su percepción sobre la catástrofe social que trajo a la zona bananera (Ciénaga-Magdalena) la *United Fruit Company*. Posteriormente, en *Cien años de soledad* nuevamente le

¹ «De pronto, como si un remolino hubiera echado raíces en el centro del pueblo, llegó la compañía bananera perseguida por la hojarasca. Era una hojarasca revuelta, alborotada, formada por los desperdicios humanos y materiales de los otros pueblos; rastrojos de una guerra civil que cada vez parecía más remota e inverosímil. La hojarasca era implacable. Todo lo contaminaba de su revuelto olor multitudinario, olor de secreción a flor de piel y de recóndita muerte. En menos de un año arrojó sobre el pueblo los escombros de numerosas catástrofes anteriores a ella misma, esparció en las calles su confusa carga de desperdicios y esos desperdicios, precipitadamente, al compás atolondrado e imprevisto de la tormenta, se iban seleccionando, individualizándose, hasta convertir lo que fue un callejón con un río en un extremo un corral para los muertos, en el otro, en un pueblo diferente y complicado, hecho con los desperdicios de los otros pueblos». (García, 1979: 3)

dedica especial atención al asunto. En este último caso se destaca el análisis pormenorizado del dato histórico, concreto y preciso sobre la violencia en Colombia. La minuciosidad en su trabajo llega a tal punto que su capacidad imaginativa hace convertir en un hecho creíble que esa devastación de la tierra por la fiebre del banano es la que condena misteriosamente a que algunos pueblos desaparezcan, dada su condición de espacios marginados.

Su versión del tema —en *Cien años de soledad*—, conmueve aún más cuando relata a través de la inocencia de los ojos de aquel niño de tan solo un año de vida montado en los hombros de José Arcadio Segundo de qué modo recuerda que su «posición privilegiada le permite ver al teniente leyendo con una bocina de gramófono el Decreto Número 4 del Jefe Civil y Militar de la provincia. Estaba firmado por el general Carlos Cortés Vargas, y por su secretario, el mayor Enrique García Isaza, y en tres artículos de ochenta palabras declaraba a los huelguistas cuadrilla de malhechores y facultaba al ejército para matarlos a bala» (García, 1967: 137), y puede apreciar el momento en que las ametralladoras prendieron el fuego.

En su forma de narrar asocia el hecho histórico con la imaginación. En este relato, se ciñe con mayor rigor a los hechos y condena la actitud criminal del gobierno culpable de la masacre de miles de trabajadores, sindicalistas, obreros, padres de familia, cuyo único «delito» consistió en reclamar mejores condiciones laborales.

La inconformidad de los trabajadores se fundaba esta vez en la insalubridad de las viviendas, el engaño de los servicios médicos y la iniquidad de las condiciones de trabajo. Afirmaban, además, que no se les pagaba con dinero efectivo, sino con vales que solo servían para comprar jamón de Virginia en los comisariatos de la compañía. José Arcadio Segundo fue encarcelado porque reveló que el sistema de los vales era un recurso de la compañía para financiar sus barcos fruteros, que de no haber sido por la mercancía de los comisariatos hubieran tenido que regresar vacíos desde Nueva Orleans hasta los puertos de embarque del banano. Los otros cargos eran del dominio público. Los médicos de la compañía no examinaban a los enfermos, sino que los hacían pararse en

fila india frente a los dispensarios, y una enfermera les ponía en la lengua una píldora del color del piedralipe, así tuvieran paludismo, blenorragia o estreñimiento. Era una terapéutica tan generalizada, que los niños se ponían en la fila varias veces, y en vez de tragarse las píldoras se las llevaban a sus casas para señalar con ellas los números cantados en el juego de lotería. Los obreros de la compañía estaban hacinados en tambos miserables. Los ingenieros, en vez de construir letrinas, llevaban a los campamentos, por Navidad, un excusado portátil para cada cincuenta personas, y hacían demostraciones públicas de cómo utilizarlos para que duraran más. (García, 1967: 123)

La denuncia de este acontecimiento constituye una expresión de su humanismo práctico, así como de su patrimonio político como una contribución para aclarar la cruel historia de aquella masacre y que no se borre de la memoria colectiva.

Este hecho no constituye un acto aislado de su vida, sino que fue una expresión de su constante actuación humanista y solidaria. Su pluma y el valor de su prestigio los puso al servicio de causas que ameritaron su intervención, de manera especial en favor de las víctimas de la injusticia social, que usualmente no tienen voz.

La labor de García Márquez en su afán por revelar la verdad no tendría solo objetivos epistemológicos. Bien sabía, al igual que Gramsci, que la verdad es siempre revolucionaria y la mentira ha sido el instrumento acostumbrado de las elites dominantes para engañar a los sectores populares. Cuando el escritor colombiano asumía el riesgo de contar la verdad, estaba consciente de que corría peligro su vida en un país dominado por una oligarquía tan intolerante, pero estaba dispuesto a asumir tal peligrosa responsabilidad porque sabía que las verdades que revelaba podrían convertirse en fermento de insatisfacciones de los sectores populares, y, por tanto, contribuir a la motivación de las luchas por sus derechos.

Desde los inicios de su labor como periodista, se percibe en varios de sus trabajos el compromiso con el ser humano concreto e históricamente existente no solo en su país, sino en Latinoamérica y otras partes del mundo, donde hombres y mujeres explotados y humillados son olvidados o porque su origen

[8]

Islas, núm. 192; UCLV, enero-abril de 2019.

<http://islas.uclv.edu.cu>

probablemente humilde no los hace dignos, según algunos, de ser tomados en debida consideración.

En su trabajo como reportero para el diario *El Espectador* a partir de 1954, en muchos de sus artículos rompe con los esquemas tradicionales de la información propios de la época y logra un acercamiento a sus lectores, ya que les permite identificarse con el autor al hacerlos sentir parte de las noticias, comentarios y reportajes. Estos trabajos tienen que ver en la mayoría de las ocasiones con el hombre de la calle, el hombre común, y en ellos prevalece, principalmente, el tema de la dignidad y la condición humanas.

A la vez, también fueron objeto frecuente de sus reportajes los elogiosos relatos de quienes, a riesgo propio, habían alcanzado un destacado lugar en el mundo del arte, la literatura, la música, el deporte, la ciencia, etc.

Honrar a quien merecía ser honrado fue una constante a lo largo de su extensa y fructífera actividad como periodista, del mismo modo que criticar todas las injusticias sociales, aunque pusiera en peligro su propia vida.

En las notas de prensa que le dedica al maestro Rodrigo Arenas Betancourt se evidencia la confianza en las capacidades del ser humano y la voluntad para alcanzar las metas pese a sus condiciones de vida muchas veces adversas.

Sus padres eran, cuando nació Rodrigo, dos campesinos antioqueños como esos de carriel y alpargates que llegan los domingos a través de un bambuco, a vender frutos de la tierra en la plaza del pueblo. Pero antes de cumplir los cinco años, sin proponérselo y sin recordarlo ahora con mucha precisión, Rodrigo los obligó a cambiar de oficio, a abandonar la áspera fracción del Uvital y a instalarse en Fredonia, para que el niño pudiera ir a la escuela. Nadie había pensado entonces que cuando fuera hombre sería escultor. Pero habiendo sido agricultor desde niño, tampoco había pensado su padre que sería albañil en Fredonia para que el niño de cinco años, pudiera asistir a la escuela. (García, 1976: 61)

Tal criterio se reitera en su obra cuando afirma:

Dos dones naturales nos han ayudado a sortear ese sino funesto, a suplir los vacíos de nuestra condición cultural y social,

y a buscar a tientas nuestra identidad. Uno es el don de la creatividad, expresión superior de la inteligencia humana. El otro es una arrasadora determinación de ascenso personal. (García, 2015: 315)

Su misma vida constituye un buen ejemplo de una caracterización de lo que representa la condición y dignidad humanas; quizás la devoción por el trabajo, la seriedad ante la responsabilidad de cubrir una noticia en donde los afectados sean seres vulnerables y el particular respeto que siente por la atención que se le debe dar a las víctimas de una tragedia lo llevaron a consagrarse como uno de los reporteros latinoamericanos más importantes en su tiempo.

La integración que logra con la búsqueda permanente de la verdad, la composición y creación literaria a las cuales les abona su alto grado de sensibilidad, dado particularmente por sus propias experiencias, le permitieron vigorizar su interés por encontrar soluciones a las difíciles condiciones de vida de los seres humanos, ideas que no se derrumban con el implacable paso del tiempo.

La creatividad en las redacciones de las notas de prensa con la cual debe escamotear la censura² para poder denunciar ante la opinión pública situaciones que contradicen la versión oficial de los acontecimientos, le posibilitan desarrollar habilidades para la divulgación de información en la cual muchas veces están presentes los niños como primer eslabón de la cadena de las víctimas de la injusticia.

Su preocupación ante la indiferencia social por la situación de la niñez se expone en muchos artículos que lograron la atención necesaria para dar soluciones inmediatas ante las lastimosas condiciones de este vulnerable grupo etario. Una nota introductoria de sus primeros reportajes indicaba: «Estas crónicas quieren recoger los dispersos y caóticos datos publicados y, lo que es más, los innumerables detalles humanos de la tragedia» (García, 2015: 95).

Posiblemente, alguien que desconozca o sea indiferente ante el gran deterioro de la sociedad en su miserable abandono y en el ancho y largo camino por encontrar la equidad, le sea fácil

² En Colombia se estableció la censura de prensa con el gobierno de Ospina Pérez y se ratificó bajo la dictadura militar de Gustavo Rojas Pinilla.

solucionar estos dilemas de la vida con la magistral fórmula de que todos somos iguales y tenemos las mismas oportunidades, sin tomar en debida consideración lo que expresaba Abraham Lincoln: «todos los hombres nacen iguales, pero ese es el último momento en que lo son» (citado en Sebastián, 2010).

Para García Márquez, la igualdad y la oportunidad no significan nada mientras no estén aparejadas no solo con la preservación de la vida en la Tierra, asistencia sanitaria, educación elemental, mejora de las condiciones higiénicas, abastecimiento de agua potable y de la alimentación, sino con el respaldo, apoyo institucional y emocional a quienes lo han perdido todo.

Es posible que el mejor reportaje que se haya escrito en Colombia en 1955 sobre la tragedia humana que genera la violencia sea: *El drama de 3 000 niños colombianos desplazados* (García, 2015: 575). El acontecimiento sucede al oriente del departamento del Tolima, donde la grave situación de orden público estimula a la dictadura a convertir el lugar en zona de operaciones militares. En un «gesto» de labor humanitaria las fuerzas armadas se encargan de ayudar a distribuir en casas de beneficencia a centenares de niños que quedaron huérfanos.

Gabo logra revelar otro rostro oculto de la dictadura militar del general Rojas Pinilla, este buen «gesto» ocultaba que las fuerzas armadas eran el instrumento de la violencia que estaba recrudeciendo el desplazamiento forzoso de los campesinos y la más cruel, insensata e irresponsable violación a los derechos de los niños: su abandono.

De nuevo la infancia vuelve a ser la víctima que sufre toda clase de atropellos como consecuencia de ese éxodo que hará renacer con más fuerza la violencia.

Este reportaje se puede leer de manera aleatoria, pues en cualquiera de sus once párrafos logra conmover. En dos de ellos Gabo sostiene:

Cada caso es un caso especial, diferente. Pero el conjunto tiene una denominación general: «víctimas de la violencia». La menor de esas víctimas, Helí Rodríguez, tiene dos años de edad. Apenas si puede decir su nombre. No sabe nada de nada. No tiene la menor idea de en dónde se encuentra. No sabe por qué lo trajeron, ni cómo, ni cuándo. Ignora por completo el paradero de sus padres y no manifiesta emoción alguna

cuando se le pregunta si cree que su padre o su madre vendrán a buscarlo.

Uno de los mayores, en cambio, que vivía con sus padres en la región del Roble, cerca de Villarrica, sabe que su padre no regresó a la casa hace más de dos meses. Siguió viviendo, solo con su madre, en el rancho de la parcela, donde sembraban legumbres y café. Un día del mes pasado, que el niño no recuerda, su madre tampoco regresó a la casa. Cuando se operó la evacuación fue trasladado a Ambalema y de allí a Bogotá. Como tiene trece años sabe por qué lo trajeron al Amparo de Niños, y sabe que jamás volverá a ver a su madre. Y sabe también que el año entrante tendrá que abandonar el asilo y valerse por sí mismo, porque los reglamentos prohíben que se tengan niños mayores de catorce años. (García, 2015: 578)

El ambiente social, así como el medio profesional en el que comenzó a desplegar su labor intelectual y periodística, al igual que la situación de varias comunidades en conflicto con las que se identificó, como es el caso de los campesinos de la Media Luna en Medellín, el Chocó y otros pueblos, le harían en cierta forma convertirse en un portavoz de comunidades explotadas y emergentes del tejido social colombiano que irían paulatinamente adquiriendo un mayor protagonismo.

Cuando en agosto de 1954 le solicitan que realice el reportaje de una tragedia cerca de Medellín, en el lugar conocido como la Media Luna, el cual titula *Balance y reconstrucción de la catástrofe de Antioquia*, los niños vuelven a ocupar el centro de su atención.

Ese día, antes de iniciar el reportaje, recordará la manera en que su abuela lo atemorizaba con cuentos misteriosos de la forma en que fallecieron familiares en cada cuarto de la casa. Estos relatos garantizaban que aquel niño asustado de cuatro años se quedara sentado en una butaca del patio de la casa, y dejara a la abuela cumplir con sus deberes.

Después de veinticinco años reviven sus recuerdos infantiles y experimentará ese miedo al descubrir que cada pregunta, cada entrevista, cada reconstrucción de la tragedia (*cfr.* García, 1982) lo conduciría a la desoladora y triste noticia que muchos niños quedaron huérfanos ese día. Y a muchos de ellos, también, los aterrorizará el recuerdo de sus familiares muertos. Tal vez sea este uno de los motivos que le permitieron hacer un

[12]

Islas, núm. 192; UCLV, enero-abril de 2019.

<http://islas.uclv.edu.cu>

buen reportaje, en el cual dos de sus tantos entrevistados: Jorge Alirio y Licirio Caro, de once y ocho años respectivamente, permiten tener una visión más general de la verdadera tragedia que atravesaba el país.

Este reportaje lo escribió en agosto de 1954 en tres artículos titulados *Balance y reconstrucción de la catástrofe de Antioquia I, II y III*, en ellos hace un análisis integral que va más allá de la descripción del derrumbe y sus desaparecidos, ahonda en la problemática social de los campesinos, los niños, la ineficiencia en las instituciones del Estado en cuanto a la prevención y solución de problemas estructurales.

Su preocupación permanente por la situación de la infancia no solo se reduce a lo que él mismo anhela: que lo quieran los niños, «porque sus libros cuentan aventuras como los cuentos infantiles, que tiene miedo de montar en avión, que goza con Beethoven y Bela Bartok, que come helados con desbordada glotonería, que dejó de fumar sesenta cigarrillos diarios porque así se lo pidieron sus hijos» (Rentería, 1979: 10). Su verdadero interés es por un país justo y próspero al alcance de los niños.

Su marcada inquietud por la niñez le permitió desmitificar verdades, hacer críticas reveladoras de la realidad de la infancia colombiana con una actitud irreverente, pero, ante todo, con una notable sensibilidad humana. Su interés era indagar hasta lograr un análisis integral que mostrara los diferentes matices de la realidad, su recurso: las anécdotas de la vida diaria que en sus dos extremos (lo feliz y desdichado) intranquilizan los corazones de quienes pueden hacer algo por el porvenir de estos millones de desamparados de la humanidad.

Tomó la temprana decisión de cultivar el periodismo con fines críticos sobre la situación socioeconómica de su país. En esta labor se destacaría como corresponsal de varios diarios. Su desempeño le traería serios problemas, dadas las frecuentes denuncias de la situación social y política del país, pero tales llamadas de atención, e incluso amenazas, no lo hicieron desistir de esta actividad. Aunque en algunas ocasiones debió abandonar lugares, personas y amigos. Se caracterizó por mantener posturas claras e independientes.

Un acontecimiento que ocupó mucha atención en Colombia fue el caso del marinero Luis Alejandro Velasco, único náufrago sobreviviente del hundimiento de un barco que «estuvo diez días

a la deriva en una balsa sin comer ni beber, que fue proclamado héroe de la patria, besado por las reinas de la belleza y hecho rico por la publicidad, y luego aborrecido por el gobierno y olvidado para siempre» (García, 1996: 3). La versión oficial del gobierno del dictador colombiano Rojas Pinilla atribuyó el naufragio a una tormenta en el mar Caribe.

Yo era redactor de *El Espectador*, y ese naufragio había estado catorce días solo en el mar. Fue primera página del periódico quince días. Cuando el naufragio se presentó en la redacción de *El Espectador* y dijo que quería contar su historia, me lo entregaron a mí. Yo le hice un interrogatorio, que era prácticamente un psicoanálisis. Le preguntaba: ¿Cómo hacías tus necesidades?, también eso me interesa, ¿cómo comías? Al tercer día él ya estaba aprendiendo el oficio: al principio él buscaba contar solo cosas importantes, cosas egoístas, y a mí me importaban más los pequeños detalles de supervivencia: qué pensaba en esas horas, de quién se acordaba, qué lamentaba haber perdido, qué pensaba de la situación en que estaba, si creía que iba a morir; en ningún momento pensó que iba a morir... Así fuimos haciendo el reportaje, día por día. Yo empezaba a escribir a última hora, tardísimo, y el jefe de redacción iba arrancando la hoja de la máquina de escribir, sin corregir ni nada. ¿Es novela o es verdad? Es novela porque es verdad, minuciosa, tal como fue. Duró catorce días, pero hubieran podido ser cincuenta. La circulación se dobló, era un pequeño periódico, no se hablaba de otra cosa. Nunca tuve conciencia de lo que estaba haciendo, sabía solo que estaba contando a la sociedad, a los lectores, exactamente lo que le sucedió a ese marinero que habla a los lectores como si siguiese solo en la balsa. (Joaquín, 2012: 332)

El 28 de febrero de 1955, ocho miembros de la tripulación del destructor *Caldas* cayeron al agua y desaparecieron. La causa real de la tragedia, que hasta aquel momento no había sido revelada, contrastaba con la versión oficial ofrecida. Aclaraba el relato de García Márquez que en verdad la nave transportaba un sobrepeso de carga de contrabando. Al sufrir un bandazo por un fuerte viento, la carga mal estibada en cubierta se soltó y cayó, al igual que los ocho marineros.

[14]

Islas, núm. 192; UCLV, enero-abril de 2019.

<http://islas.uclv.edu.cu>

Lo que en verdad había sucedido, a diferencia de la tormenta en el mar Caribe que los mandos militares le habían obligado informar, es que no había habido tal tormenta. Los servicios meteorológicos confirmaron que aquel había sido uno de los febreros mansos y diáfanos del Caribe. La negligencia fue la única responsable del hundimiento de aquella fragata sobrecargada incorrectamente de mercancías de contrabando procedentes de Estados Unidos, a donde había sido llevada para su reparación.

Esa revelación, cuenta García Márquez, implicaba tres faltas enormes: primero, estaba prohibido transportar carga en un destructor; segundo, fue a causa del sobrepeso que la nave no pudo maniobrar para rescatar a los naufragos; y tercero, era carga de contrabando: neveras, televisores, lavadoras, etc. Estaba claro que el relato, como el destructor, llevaba también mal amarrada una carga política y moral (García, 1996: 1).

En relación con este suceso comentaría:

Lo que no sabíamos ni el naufrago ni yo cuando tratábamos de reconstruir minuto a minuto su aventura, era que aquel rastreo agotador había de conducirnos a una nueva aventura que causó un cierto revuelo en el país, que a él le costó su gloria y su carrera y que a mí pudo costarme el pellejo. (García, 1996: 2)

Colombia estaba entonces bajo la dictadura militar y folclórica del general Gustavo Rojas Pinilla, cuyas dos hazañas más memorables fueron una matanza de estudiantes en el centro de la capital cuando el ejército desbarató a balazos una manifestación pacífica,³ y el asesinato por la policía secreta de un número nunca establecido de taurófilos dominicales que abuchearon a la hija del dictador en la plaza de toros.

Este espectáculo pudo haber quedado como un episodio más de lo real maravilloso que resulta frecuentemente de la cotidianidad de los acontecimientos en el ámbito latinoamericano. Sin embargo, no fue así tan simple el asunto. El escritor colombiano reconocería que asumió con interés y respeto la agudeza del

³ El asesinato de Uriel Gutiérrez Restrepo, estudiante de medicina y de filosofía de la Universidad Nacional, producido por policías el 8 de junio de 1954, desató manifestaciones estudiantiles y nuevas víctimas de la represión.

periodista Guillermo Cano, quien le había indicado que atendiera con esmero a lo que deseaba narrar aquel naufrago. Pudo intuir oportunamente que había una verdad aun no revelada.

A esto se añadiría su propia suspicacia como experimentado periodista por indagar hasta obtener el más mínimo detalle que le permitiese poner en práctica lo que él mismo concibió: lo que más vale en una entrevista es poder escuchar los latidos del corazón. Tal intuición y habilidad narrativa le condujeron a escribir uno de los reportajes que más seguidores tuvo en el país, pues difería de forma audaz y comprometedora de la versión oficial ofrecida hasta el momento.

El destacado poeta colombiano José Luis Díaz-Granados afirmaría que:

Relato de un naufrago es algo más que la crónica de un naufragio y los consecuentes avatares del protagonista por sobrevivir. Es, además, una lección sobre la capacidad del ser humano para vencer las más terribles pruebas de la naturaleza y para superar los más difíciles contratiempos, y al mismo tiempo, una forma de poner de manifiesto con su capacidad potencializada y su tenacidad los más altos valores de eso que denominamos condición humana. (Díaz-Granados, 2005: 22-23)

La denuncia motivó la clausura del periódico, la caída en desgracia del marino por sus reveladoras declaraciones y finalmente el exilio de Gabriel García Márquez en París. En ese momento él fue considerado como un agitador y un enemigo del gobierno. Se aplicó la tesis comúnmente establecida de que quien no acepte las verdades oficiales es un enemigo del Estado.

La idea planteada en el prólogo de *Periodismo militante* demuestra que cuestionar las acciones y abusos del poder es exponer la propia vida. Se requiere contar con una verdadera vocación y compromiso para no claudicar en tan convulsionada empresa.

Para aquellos escritores y obreros de la palabra que en plena confrontación se preguntan cuál es la forma de militancia que deben asumir, los hechos les responden en forma contundente: piensen en los periodistas presos, desaparecidos y asesinados por el régimen de oprobio que pretende ocultar la indignante verdad del inmenso genocidio que tiene lugar en la patria del Che Guevara; entre los asesinados están Jorge Ricardo

[16]

Islas, núm. 192; UCLV, enero-abril de 2019.

<http://islas.uclv.edu.cu>

Massetti y Rodolfo Walsh, cofundadores —junto con García Márquez, y otros periodistas y escritores— de *Prensa Latina*. Piensen en los atentados dinamiteros al semanario *Alternativa*, revista colombiana de la cual García Márquez es Consejero Editorial, en la que se han publicado gran parte de sus crónicas políticas, y en la imposibilidad del gobierno de clausurarla para mantener con vida el fantasma de la libertad de prensa. Piensen en Augusto Olivares, el periodista que resistió al lado de Salvador Allende hasta el final, fue herido varias veces y murió desangrándose en la asistencia pública. (JB, 1978: 11)

Quizás hubiera sido más fácil atenerse a las verdades oficiales reveladas y aceptar dócilmente que en una dictadura militar prevalece más el argumento ideológico del poder y la represión, contrario al poder de los argumentos.

Esta situación obligó a Gabo, como sus amigos afectivamente le llamaban, a que abandonará su país, ante las frecuentes amenazas. Afortunadamente, salvó la vida, para el agrado de los millones de lectores que hoy tienen sus obras en todo el mundo. Quizás, dadas las condiciones políticas del país,⁴ hubiera sido impensable que García Márquez hubiese sobrevivido y haya podido deleitar con su creatividad a su creciente y agradecido público. No debe dejar de tomarse en consideración que Colombia es uno de los países en el mundo de mayor número de asesinatos de periodistas.

⁴ El segundo exilio vendría en los años ochenta con algo más de escándalo y de ponzoña. García Márquez viajaba entre México y Colombia por esos años, pero un enfrentamiento directo con el gobierno de entonces habría de frenar esa sucesión. En estos días, el director de la revista *El Malpensante*, Mario Jursich, recordó cuánto sucedió en aquella época: en 1981, en las páginas editoriales de *El Tiempo*, un desconocido —que firmó con el seudónimo Ayatolá— acusó a García Márquez de tener nexos con el M-19 luego de «apoyar» un desembarco guerrillero en el sur de Colombia. «Es el mismo cargo que los militares pretendían hacerme, el mismo que me dio la mayoría de mis informantes y del cual yo no había hablado hasta entonces en mis numerosas declaraciones de estos días [escribió en respuesta el 8 de abril de 1981 en *El País* de España]. Es una acusación formal. [...] Ahora se sabe por qué me buscaban, por qué tuve que irme y por qué tendré que seguir viviendo fuera de Colombia, quién sabe hasta cuándo, contra mi voluntad.»

Debe valorarse que en su labor periodística García Márquez se destacó por su fiel apego a la verdad, como una expresión de respeto tanto al público, como a sí mismo. Ese hecho se manifestó en sus varios intentos de crear periódicos y revistas independientes. Aunque expresar la verdad le haya costado clausuras, atentados y exilios fueron estos los que en ocasiones permitieron la solidaridad y respaldo de líderes y pudo mostrar ante el mundo el escenario político en el cual se debatía el periodismo alternativo y de oposición.

Es significativo este hecho, porque aun en su obra narrativa, en sus cuentos y novelas, la ficción no es más que una forma de expresión de verdades subyacentes de acontecimientos históricos reales, que conoció y decidió darlos a conocer, convencido de que en América Latina no era muy difícil ser escritor de ficción, porque los acontecimientos de la realidad siempre superan las posibilidades de imaginación de los escritores.

Tal vez fundamentaba su criterio en una inversión materialista de la tesis hegeliana, del mismo modo que había hecho Marx con anterioridad, pero por otras vías de expresión a través de la filosofía. Esto es tratar de aproximar la idea a la realidad, para que esta se aproximase a aquella. En definitiva, su interés como escritor latinoamericano era transmitir experiencias históricas a través de personajes, para que sirviesen a los lectores de vivencias válidas que contribuyesen a mejorar sus actitudes vitales ante nuevas circunstancias, y de ese modo contribuir a ennoblecir la condición humana.

A través del periodismo no tenía necesidad de dar un rodeo a la verdad, sino que podía revelarla (*aletheia*) directamente y transmitir su perspectiva axiológica con la objetividad necesaria que le permitiera al lector sacar sus propias conclusiones.

Sus frecuentes reportajes no tenían la pretensión de enfrentarse directamente con el gobierno de turno, pero sus comentarios eran tan críticos y acertados que la censura en sus formas más *sutiles* le prohibió analizar acontecimientos relacionados con actuaciones de la policía.

Resulta extraordinaria la forma en que integra elementos narrativos que permiten usos y abusos del lenguaje de la imaginación, con la actividad periodística ceñida a transmitir información clara y concisa para el esclarecimiento de la verdad. En García Márquez se aprecia esta relación cuando decía:

[18]

Islas, núm. 192; UCLV, enero-abril de 2019.

<http://islas.uclv.edu.cu>

«Todavía me pregunto cómo habría sido mi vida sin el lápiz del maestro Zabala y el torniquete de la censura, cuya sola existencia era un desafío creador» (García, 2002: 388).

Son muchas las notas de prensa en las cuales despliega toda su creatividad, con la cual logra llegar a los objetivos que se propone. Con firma o sin ella, desafía los términos oficiales en que se deben redactar las noticias, aunque le cueste exponerse al hostigamiento y amenaza del gobierno militar. Cuando estaba recrudescida la violencia política y en el Carmen de Bolívar son acribilladas por la policía varias personas que participaban en una procesión por la Semana Santa. El maestro Zabala, jefe de redacción del periódico *El universal*, le solicita el manejo editorial de la noticia sin hacerle caso a la censura. García Márquez escribe:

Mi primera nota sin firma en la página editorial exigía al gobierno una investigación a fondo de la agresión y el castigo de los autores. «¿Qué pasó en el Carmen de Bolívar?» Ante el desdén oficial, y ya en guerra franca con la censura, seguimos repitiendo la pregunta con una nota diaria en la misma página y con una energía creciente, dispuestos a exasperar al gobierno mucho más de lo que ya estaba. (ibídem: 389)

Sin obtener ninguna respuesta, diariamente en el periódico se repetía la pregunta ¿Qué pasó en el Carmen de Bolívar? La respuesta no se hizo esperar:

La noche menos pensada, sin ningún anuncio, una patrulla del ejército cerró la Calle San Juan de Dios con un gran ruido de voces y armas, y el general Ernesto Polonia Puyo, comandante de la policía militarizada, entró pisando firme en la casa de *El Universal* [...] sabíamos que era un duro de paz y de guerra, como lo demostró años más tarde al mando del batallón Colombia en la guerra de Corea [...].

Me miró directo a los ojos con sus ojos de lince, y me dijo:

-Usted llegará lejos.

El corazón me dio un vuelco, pensando que quizás ya sabía todo de mí y lo más lejos para él podía ser la muerte. (ibídem: 390)

El general conocía los nombres y apellidos de quienes redactaban las notas diarias desafiando a la censura impuesta a los diarios del país.

Su habilidad para burlar la censura fue una constante en su desempeño como periodista y dos características modelaban sus trabajos para sobreponerse a esta. Una, el poder creador de la imaginación, que le permitía inventar palabras capaces de recrear la realidad y mantener una comunicación cómplice con sus lectores, y la otra, el buen humor con el que relacionaba una imagen, una anécdota, una situación simple de la vida, con las situaciones más adversas y contradictorias.

En colaboración con el mago Guillermo Dávila nace la idea de *Comprimido*, pequeño periódico fundado en Cartagena en 1950. *Comprimido*, además, se destacó por los titulares ingeniosos: «Buses tetracedulados», entre los más recordados.

Estábamos en plenas elecciones y según el periodista (Gabo) se había encontrado un bus con cinco placas; que era en realidad una forma de decir que había problemas en la cédulas de los chocorazos. ¿El bus existió? Eso solo lo sabía García Márquez que era quien escribía las noticias. (Dávila, 2015)

Plasma su poder creador en el editorial del último número, donde expresaba:

Comprimido dejará de circular desde hoy, aunque solo de manera aparente. En realidad, consideramos como un triunfo nuestro y así lo reclamamos la circunstancia de haber sostenido durante seis días, sin una sola pérdida, una publicación diaria que según todos los cálculos cuesta un noventa y nueve por ciento más de lo que produce. Ante tan halagadoras perspectivas, no hemos encontrado un recurso más decoroso que el de comprimir este periódico hasta el límite de la invisibilidad. *Comprimido* seguirá circulando en su formato ideal, que ciertamente merecen para sí muchos periódicos. Desde este mismo instante, este empieza a ser el primer periódico metafísico del mundo. (ídem)

Esta unión demuestra su capacidad para buscar alternativas ante expectativas y proyectos, con todos los riesgos que ello implica.

Su compromiso con la sociedad lo hizo desde el periodismo, el cine y la literatura, por eso no aceptaría ser miembro activo de algún grupo político en especial del partido comunista, quienes algunos de sus integrantes deseaban proponerlo como candidato

[20]

Islas, núm. 192; UCLV, enero-abril de 2019.

<http://islas.uclv.edu.cu>

a la presidencia. Ante tal propuesta expresaba: «No tengo la vocación, ni la formación, ni la decisión. Tres elementos que son esenciales en cualquier oficio, y que yo creo tener muy bien definidos como escritor. Equivocarse de destino es también un grave error político» (Rodríguez, 1990: 649). Sus mayores aportes, tanto críticos como políticos, los hizo indudablemente con lo que mejor sabía hacer: escribir.

Para conocer su apego a la verdad resulta de gran valor leer algunos de sus reportajes, crónicas, notas periodísticas y apuntes de prensa publicados con motivo de la participación de Colombia en la Guerra de Corea,⁵ como el siguiente:

La verdad es que a Corea viajó toda clase de gente. Fueron más de 4 000 individuos, recogidos en todos los rincones de la república. Es difícil reunir al azar 4 000 ciudadanos, y que por casualidad todos resulten ser de espíritu sano y carácter apacible. Cuando se anunció que Colombia enviaría un batallón a Corea, muy pocos compatriotas bien empleados y con la vida resuelta, respondieron al llamado. Aquello ocurría precisamente en uno de los momentos más difíciles de la historia nacional. Los campesinos habían sido desplazados de sus tierras. Las ciudades, superpobladas, no ofrecían ninguna perspectiva. Colombia era, exactamente, como se repitió casi todos los días en notas editoriales, en la calle, en los cafés, en las conversaciones familiares, «una república invivable». Para muchos campesinos desplazados, para numerosos muchachos sin perspectiva, incluso sin distinción de clases, Corea fue una solución. Entre los campos de batalla de Colombia y las ciudades de batalla de Colombia, en donde la simple, la ordinaria tentativa de conseguir trabajo era todo un problema de guerra, muchos prefirieron los campos de batalla de Corea. Allí fue de todo, revuelto, sin discriminaciones muy precisas y apenas por sus condiciones físicas, casi como vinieron los españoles a descubrir la América. (García, 1976: 134-135)

⁵ Esta crónica se presenta con el título *De Corea a la realidad I, II, III* publicada en diciembre de 1954 en su *Obra Periodística II Entre Cachacos*, donde hace un estudio pormenorizado de la situación que afrontaron muchos de los llamados veteranos de la guerra, que por su condición de discapacitados y otros títulos que se les dieron: desadaptados sociales, enfermos mentales etc., sobrevivir en Colombia fue su verdadera guerra.

Este análisis pone de manifiesto la agudeza de su reflexión sociológica, en la que el periodista no simplemente ofrece información sobre un acontecimiento, sino que profundiza en las causas y condiciones que lo propician, contribuyendo así al esclarecimiento de la verdad.

En su desempeño como reportero del diario *El Espectador* valoró muy bien la importancia del entorno sociocultural y el contacto directo con las personas objeto de su trabajo. Esta interacción le permitió conocer características de la realidad social en la cual desarrolló sus actividades, principalmente la situación de abandono en que ha estado sumida la población más pobre de su país, la situación de los presos políticos, el desasosiego familiar y en particular la de los amenazados y asesinados defensores de derechos humanos. Siempre sostuvo que para ser grande hay que estar con la gente, a fin de lograr una comprensión más adecuada de la condición humana.

Son muchos los ejemplos en los cuales se demuestra que su exhaustiva investigación sobre los fenómenos permite variar el curso de la realidad, y a la vez ser un eslabón en la ayuda de la solución a los diversos problemas que se le planteaban en su actividad.

Cuando es enviado a cubrir un reportaje por supuestos problemas de huelgas en el departamento del Chocó, se percata de que allí estaba sucediendo algo de tremendas dimensiones sociales, pero la gente no era consciente de esta situación. Al ser publicadas sus entrevistas algunos representantes de los distintos estratos sociales, los habitantes de esa olvidada región comprendieron cuál era su real situación de miseria y conflictividad social.

Sin embargo, tal vez sus reportajes contribuyeron a que, a los pocos días de publicados, al revelar la lamentable situación de miseria en que se encontraba la población de esta región, estallaran realmente las anunciadas protestas. Se orientaron sobre la forma en que podrían organizarse para reclamar un mejoramiento de sus condiciones de vida, ya que con una gran cantidad de recursos de oro y platino no se habían beneficiado en nada. Una clara visión de que en Colombia se gobierna para las empresas y no para la gente se puede apreciar cuando afirma:

La compañía minera administra desde hace treinta años una central hidroeléctrica construida por ella, que suministra

[22]

Islas, núm. 192; UCLV, enero-abril de 2019.

<http://islas.uclv.edu.cu>

energía a todos los pueblos del sector. La compañía construyó una carretera privada, que pasa de largo a dos kilómetros de Condoto. La compañía anda por los ríos con sus gigantescas dragas extrayendo el oro y el platino, y esterilizando con el cascote las tierras de la ribera. Todo eso, sumado a la pobreza de la población que se siente dueña de sus metales, que se sabe de memoria las leyes y las interpreta a su manera mientras ve correr sus grandes ríos despojados, ha contribuido a crear en la zona minera del Chocó un ambiente de tensión, de sorda lucha social; un sentimiento de injusticia y amargura que pesa en el aire, que se puede tocar con las manos en Cascote, en Condoto, en Nóvita, en Tadó, a todo lo largo y lo ancho del dilatado y empobrecido reino del platino. (García, 1982: 281)

Ese es el lado activo y protagónico que aquel audaz periodista le reclamaba a la prensa, aunque por supuesto, con los riesgos que esto implicaba en un país donde predominaba un alto grado de intolerancia e impunidad de las trasnacionales en contubernio con la oligarquía nacional.

Se debe prestar atención a la función que a su juicio desempeñan los diferentes sectores de la sociedad civil, la escuela, la familia, la Iglesia, etc. A esta última le dedicó especial análisis por el importante liderazgo que mantenía en diversas comunidades.

Si el escritor colombiano se planteó desde sus primeros reportajes, cuentos y novelas contribuir a reflejar la violencia y la opresión a las cuales consuetudinariamente han estado sometidos los pueblos latinoamericanos, en especial sus sectores más humildes, no fue simplemente por algún tipo de placer estético o por incorporarse a esa especie de moda profesional del llamado grupo de los *violentólogos*. Su generación ha sido engañada, comenta Gerald Martin, por tanto, García Márquez no será ni liberal ni conservador, no aceptará las reglas del juego nacional, sino que busca otras perspectivas más amplias. «La violencia limitó radicalmente las posibilidades del periodismo» (Gerlad, 2012: 37) y, por tanto, no puede ser ajeno a este sensible tema.

Su intención fue ofrecer una adecuada imagen de esa controvertida realidad sociopolítica y económica latinoamericana en la que distintas generaciones de hombres, y especialmente de mujeres, se han enfrentado a diversas formas históricas de

enajenación en la permanente lucha de los pueblos de Nuestra América por su dignidad y enaltecimiento de la condición humana. La especificidad más notable de sus análisis sobre algunos de los problemas de la sociedad, no en general sino de su país o región, radica en su interés por las víctimas, en especial por las causas que determinaban tales formas crueles del comportamiento humano, cuya intención fue tratar de contribuir a transformar.

BIBLIOGRAFÍA

- DÁVILA, G. (abril 25 de 2015). Conferencia impartida en la Feria del libro de Bogotá.
- DÍAZ-GRANADOS, J.L. (2005). *Grandes periodistas, Gabriel García Márquez periodista*. La Habana: Editorial Pablo de la Torriente.
- GARCÍA, G. (1967). *Cien años de soledad*. Buenos Aires: Suramericana.
- GARCÍA, G. (1976). *Crónicas y reportajes*. Bogotá-Caracas-La Paz-Lima: Editorial Oveja Negra.
- GARCÍA, G. (1979). *La hojarasca*. Barcelona: Ediciones la Cueva.
- GARCÍA, G. (1982). *Obra periodística 2. Entre cachacos*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- GARCÍA, G. (1996). *Relato de un naufrago*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- GARCÍA, G. (2002). *Vivir para contarla*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- GARCÍA G. (2015). *Obra periodística 4 Por la libre 1974-1995*. Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial S.A.S.
- GERALD, M. (2012). Gabriel García Márquez, periodista: Una visión panorámica. En Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano. *Gabo periodista*. Colombia: Editorial Maremágnun.
- J.B. EL GUANO. (1978). Prólogo Océano Pacífico. En Gabriel García Márquez. *Periodismo militante*. Bogotá: Son de Maquina Editores.
- JOAQUÍN, E. (2012). Noticia de un secuestro. En Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano. *Gabo periodista*. Colombia: Editorial Maremágnun.
- RENTERÍA, A. (1979). El viacrucis de un lector. En Rentería, A. (recompilación y prólogo). *García Márquez habla de García Márquez en 33 grandes reportajes*. Bogotá: Rentería Editores Ltda.

[24]

Islas, núm. 192; UCLV, enero-abril de 2019.

<http://islas.uclv.edu.cu>

- RODRÍGUEZ, V. (1990). (selección y prólogo). *Gabriel García Márquez. La soledad de América Latina*. La Habana: Editorial Arte y Literatura.
- SEBASTIÁN, E. (2010). *Enciclopedia básica de la vida*. Cultivalibros, S.L.

Recepción: 5 de julio de 2018
Aceptación: 11 de octubre de 2018